

trágico; y como si aquel lamento fuera á despertar la sensibilidad dormida de su alma, dos lágrimas se iniciaron en sus ojos, resbalaron un instante sobre la piel negra, y fueron á amargar el mar...

## II

## LA TEMPESTAD

- Dos maletas solo, ¿verdad?
- Sí, sí; gracias.
- Iremos directamente á la pensión.
- Como usted quiera.
- Á usted le habrá sorprendido esto; es otra vida, otro mundo. Viniendo de allá...
- Un poco, sí.

Montaron en un *cab*. Si el cochero en vez de estar detrás del vehículo, sobre el que pasaban las riendas, hubiese estado debajo y el caballo encima acostado en una litera, Eulogio Valdés, en lugar de sorprenderse, se habría dicho simplemente: "Esto sigue". Desde que desembarcó en Southampon, su extrañeza crecía en vez de menguar con la costumbre; no era sólo el primer choque, no; tenía razón su colega: aquello era otro mundo, otra vida. Y una tristeza que no dejaba concretar la sucesión de paisajes y hechos, iba larvándose en su alma é incitándola á formular la

primera idea de arrepentimiento de haber aceptado aquel cargo tan distante de su patria, de su ambiente. En Birmingham, la ciudad de su destino, el cónsul á quien iba á relevar lo recibió mitad hostil mitad irónico, rehuyendo sin disimulo hasta la menor familiaridad y reduciéndose á la cortesía estricta. El primer testimonio de esta actitud fué darle á entender que lo llevaba á una pensión, no ya por el precio, sino por evitar la posibilidad de que no lo admitiesen en un hotel... Era mediodía, pero sobre la ciudad pesaba una luz de crepúsculo. El humo de las fábricas que rodean á Birmingham formaba con el aire, saturado de humedad casi palpable, una atmósfera semejante á la de un túnel. Sentado en el *cab*, junto al cónsul que sonreía, Eulogio miraba con sus ojos lánguidos pasar las grandes calles en que hormigueaba una muchedumbre presurosa, las tiendas, los edificios públicos: el centro de la ciudad, donde se concentra la vida activa y donde no reside nadie; el coche se internó luego por vías menos concurridas, hasta ir á dar á esas calles formadas por dos hileras de casas de ladrillos, todas con sus dos pisos, todas aisladas, todas iguales, todas orilladas por sus parodias de jardín, en los que avanzan galerías acristaladas en forma de tambor, hechas para dar entrada á una luz que no existe. Llegaron. La calle donde esta-

ba la pensión era, lo mismo que tantas otras por donde habían pasado, una calle de orden y de angustia, monótona como una galería de nichos. Hacía frío; Eulogio pensaba, estremecido, en los días tórridos de su país; sentía gravitar todo el plomo del cielo sobre su alma; pero no queriendo abandonarse al pesimismo de la primera impresión, se repetía: "Esto pasará, esto pasará."

El cónsul saliente le entregó el Consulado; es decir, le entregó un escritorio vetusto, unos cuantos papelotes y unos sellos de caucho, que era todo cuanto constituía aquel Consulado tenido durante mucho tiempo, en calidad de honorífico, por un comerciante de Birmingham, á categoría superior por obra y no gracia de un Ministro tan irrespetuoso del Presupuesto nacional como deseoso de colocar á un deudo. Aunque el antiguo cónsul honorario era el enemigo lógico de todos los cónsules de Taití, ofrecía, cada vez que uno nuevo llegaba, cederle una habitación en su casa, con la esperanza de no tener que mudar el escritorio—que ya no estaba para tales aventuras—el día en que un Ministro relativamente honrado volviera á reducir la categoría de la oficina. Además, como era el único exportador para Taití, la facilidad para visar sus facturas le compensaba el gasto. El señor Hohstkis era un viejo judío polaco, renegado de su religión

y de su patria; hablaba muy poco español y era exaltado panegirista de la cultura y del progreso ingleses. Su primer cuidado era indisponer al cónsul entrante con el saliente, tarea no difícil, pues éste siempre consideraba á aquél como responsable de su cesantía. Había siempre tenido, sobre la preocupación primordial de amasar dinero, dos preocupaciones suplementarias: su colección de sellos y el volver á ser cónsul de Taití. Cada vez que veía visada una factura suya por un cónsul que no fuera él, sentíase desventurado y tomaba en la desventura razón de odio hacia el usurpador. Pero sabía esperar como buen israelita, y habiendo visto que cada asesinato de un presidente traía aparejado el cambio de personal en toda la República, el señor Hohstkis confiaba en el tiempo y en la irascibilidad de los taitianos.

Como el trabajo consular sólo consistía en certificar cuatro ó cinco facturas al mes, y Eulogio sufría en la oficina la antipatía de todos y la enemistad del señor Hohstkis, se dedicó á errar por la ciudad. Los demás cónsules, excepto el chileno, eran honorarios, y renunció á visitarlos para evitar nuevos desaires. Rara vez veía á su predecesor, ocupado en los preparativos de viaje y en despachar una correspondencia de don Juan grafómano. No sabiendo nada de inglés, las relaciones en su casa se

le hacían penosísimas. De buena gana hubiera cambiado de alojamiento pues, además de robarle, observaba que sus huéspedes tenían reparo de darle albergue y no perdonaban medio alguno para hacerle comprender que era objeto de una concesión; mas la timidez no le consentía intentar nada, seguro de hallar tras cada tentativa de mejora un desengaño. Comía solo, en silencio, aceptando ó rechazando por señas una comida insípida, y esperando en vano algo que le recordara los manjares sazonados con especias de su país. Se acostaba temprano y dormía mal, con sobresaltos; de madrugada ya le despertaba el temor del día próximo; y cuando corría la estrecha ventana de guillotina, densa niebla se colaba en el aposento. Después de tomar un desayuno copioso y siempre compuesto de lo mismo— lascas transparentes de jamón, huevos, rebanadas de pan, mantequilla, mermelada y te,— salía sin rumbo... La curiosidad burlona de los transeuntes lo azoraba. La gente del pueblo le soltaba cara á cara una risa procaz. Si se detenía ante un escaparate, jamás dejaba de ver reflejadas en el cristal caras vueltas hacia él. En los restaurantes, en los teatros, en todas partes, sentíase objeto de una curiosidad adversa. Y por huir de ella entraba en cualquier cinematógrafo, y hundido en un sillón, sin pensar en nada, sin mirar siquiera los cuadros,

dejaba que el programa transcurriera dos ó tres veces, insensiblemente, como inmerso en aquella tiniebla que sólo cortaba el haz luminoso proyectado de un extremo á otro de la sala.

Comprendía que, por su raza, la parte de Inglaterra que hubiera podido convenir á sus aspiraciones le estaba vedada, y que sólo lo áspero, lo brutal de una civilización sin ternura, se presentaba ante su deseo, humillándolo con las dos armas formidables: el desprecio y la risa. Su voluntad no lograba imponerse; sentía que, poco á poco, las nociones adquiridas con tanto esfuerzo iban desprendiéndose de su espíritu, lo mismo que si fueran capas mal adheridas de pintura, y dejaban su personalidad escueta, inesperada. Era el desquite de la herencia materna contra el influjo paternal, largo tiempo enseñoreado de su sér. No valía dudar: su voluntad y su cerebro eran menos fuertes que su sangre y que su corazón. Parecíale como si su pensamiento fuera ennegreciéndose. Sobre su pasado optimismo caía la losa de una desesperación del color de su piel. Melancólico, víctima de atavismos confusos, sin fuerzas para abrir un libro y fijar la atención, sin fuerzas para reaccionar contra la soledad, pasaba las horas. Necesidades hasta entonces apenas exigentes, retorcián su organismo. Eulogio esperaba siempre que su vida cambiara,

mas los días se amontonaban detrás de él, y aquella hosquedad del clima y de los hombres proseguían inmutables. Consciente del riesgo de abandonarse así á la depresión del espíritu á veces, en su casa ó en el cinematógrafo, se esforzaba en pensar, y sólo tres ideas subían desde el fondo de su sér y se concentraban en su mente; tres ideas primitivas, tres ideas de negro: la comida, las mujeres y el sol.

El día que llegaba correo de Taití era un día de tregua. Corría las cortinillas de papel para olvidar en lo posible la ciudad; encendía la luz, y junto á la chimenea, casi achicharrándose, pasaba horas y horas leyendo periódicos y cartas, que eran menos numerosas cada vez. Todavía al día siguiente vivía del recuerdo del anterior; pero el tesoro de sugerencias se agotaba pronto, y entonces ya no le quedaban al mes más que otros dos días que esperar: la víspera de la salida de correo para su país y el día de ir á la oficina á firmar las facturas. La víspera de correo era el mejor: sentado ante la mesa, escribía cartas á todo el mundo: á familiares, á amigos, á conocidos, hasta á sus enemigos; cartas extensas, llenas de pormenores y de confidencias, cartas que luego, en momentos de lucidez, rompía con rubor, medroso de lo que hubieran pensado "allá" de aquellas efusiones injustificadas.

Empezó á tomar lecciones de inglés en la escuela Berlitz; pero la lentitud en aprender lo hizo desistir. El antiguo cónsul, al irse, le aconsejó que se hiciera socio del "Cosmopolitan Club"; dócil al consejo, fué dos veces y pudo convencerse de que tampoco allí encontraría un rincón íntimo donde mitigar su nostalgia y adquirir gradualmente las condiciones precisas de aclimatación espiritual. Era una sociedad donde iban alemanes á beber cerveza; belgas y franceses, viajantes de comercio, ingleses necesitados de aprender idiomas extranjeros, y una horda de argentinos más británicos que los mismos ingleses, con sus gorras, sus pipas hediondas, su aire superior y su manía de sonar el dinero y de no hablar en castellano. Conoció allí, en cambio, al cónsul chileno: un pobre hombre casado ó no con una austriaca, de la cual era cautivo. Aquel pobre hombre debía tener también su historia lastimera, y sin la dominación de su mujer hubiera sido para Eulogio un camarada. Dulce, sencillo, fué el único que no rehuyó su contacto como el de un apestado. Le ofreció su oficina, y Eulogio, al principio, iba á menudo á visitarlo. Viéndolo trabajar sin reposo, lo envidiaba, y temiendo molestarle permanecía mudo. La mujer llegaba á las cuatro en punto y no dejaba nunca de dirigir á Eulogio algún desaire, del cual

la disculpaba el chileno en la entrevista siguiente.

—Ella es así, ¿sabe? buena; pero... dispénsela, pues.

Eulogio tuvo la certidumbre de que el chileno tenía disgustos domésticos por él, y dejó de menudear sus visitas. Sólo cuando al salir de su casa llovía mucho, poseído por el terror de volver á entrar en su cuarto, iba, abría tímidamente la puerta de la oficina, y sonriendo con una de esas sonrisas que parecen el llanto de la boca, le decía:

—Perdóneme, amigo... Voy á estarme aquí hasta las cuatro menos cuarto. Pero no haga atención en mí, siga su trabajo... Con saber que usted habla español, que usted me... vamos, me parece que no estoy tan solo.

Volvía á sonreír; el chileno sonreía también y le alargaba un periódico. Y Eulogio leía desde el artículo de fondo hasta los anuncios, releía todo prodigiosamente interesado por aquellos hechos desconocidos y remotos; leía aún algunos párrafos de los artículos políticos... é iba á empezar otra lectura, cuando el chileno tosía suavemente... Eran las cuatro menos cuarto y la señora podía llegar.

Las respuestas á su petición de traslado no le dejaban esperanza de conseguirlo: después de su marcha, entre su partido y el Gobierno

hubo rozamientos y las relaciones eran tirantes. Espere usted unos meses—le escribían—; ahora sería difícil de obtener y acaso redundaría en perjuicio del partido cualquier súplica. Y Eulogio pensaba con ira en la imposibilidad de rehuir su destino, que lo supeditaba siempre á ajenas voluntades. Esperar... esperar. La palabra le parecía un insulto...

Con la entrada del invierno se agravó su mal. Hacía muchos días que no iba á ver al chileno; acosado al fin por una declaración explícita de la austriaca, su dignidad triunfó de las tentaciones de visitarlo ni en las primeras horas del día, únicas en que no había peligro de ser sorprendido por la tirana. Una tarde, después de andar largo rato errabundo, sin saber que hacer, subió á un tranvía para ir hasta el final del trayecto y regresar; sentado en el segundo piso, con la cara pegada al cristal, estuvo la hora y media que duraba el trayecto; fué un verdadero viaje al través de barrios sórdidos en donde el frío no dejaba fermentar la miseria; las casitas de ladrillos enfilábanse en perspectiva sin fin; luego empezaron á verse fábricas, y durante mucho tiempo las chimeneas llenaron el horizonte á uno y otro lado, primero por grupos, como dedos de manos gigantes; después más nutridas, como mástiles en un puerto; al fin compactas, como un bosque cuya fronda se hubiera

vuelto loca y se agitara, se prolongara, formase un palio y se trocara por infeliz capricho en humo bituminoso que arrancaba lágrimas de los ojos y tos del pecho. Al término del trayecto el cobrador quiso hacerlo bajar; ninguno de los dos pudieron entenderse; al cabo, el empleado fué á cambiar de dirección el *trolley* y miró á Eulogio, tranquilo ya, porque éste le había mostrado un chelín.

Al bajar del tranvía Eulogio Valdés quedó sorprendido. De pronto creyóse objeto de una alucinación; pero no, no era un fantasma ni era él mismo visto en un espejo: era otro negro, ciclópeo, haraposo, con una gorra encasquetada y un gabán muy largo: otro negro auténtico. Andaba á largas zancadas, y Eulogio, sin saber para qué, comenzó á seguirlo. Y mientras amoldaba fatigosamente su marcha á la del otro, pensaba:

—¿Por qué no seré yo como él? ¿Por qué el bueno y maldito de don Antonio se interesaría por mi vida? En este gran país donde los hombres dan la impresión de brutalidad, de hosquedad, y el conjunto la de una colmena laboriosa, es necesario ir desarrapado como va ése, para que se perdone el ser de una raza inferior. Sólo hay aquí dos caminos para un hombre de mi color: ir al *Music-Hall* á ser pasto de la risa de las turbas, ó á una fábrica á ser bestia de carga. Á ese perdulario lo miran con

indiferencia y á mí con encono, porque usurpo los vestidos que pudieran cubrir á un mendigo inglés.

El negro torció por una calle, y Eulogio tuvo que apresurar el paso para no perderlo de vista. Cuando hubo acertado la distancia sin detenerse, siguió pensando:

—Aquí se desprecia á los judíos; pero por su número y por su dinero se les consiente... Siquiera los judíos, para los que crean en ello, mataron á Nuestro Señor, y sus profetas predicaron siempre el exterminio... Pero nosotros... ¿Qué hemos hecho nosotros? Dios no es justo. Y los judíos además, tienen el triste recurso de negar su raza: una nariz corva ó una expresión de ave de rapiña no son tan inconfundibles como la piel negra, negra, negra... Como esta maldita piel con la cual todo intento es estéril, hasta el de ser el pobre hombre mediocre, acaso hasta útil, que hubiera podido ser yo de tener otro color...

Había andado mucho en pos del negro, y de improviso se encontró, al volver una esquina, junto á él. Su inglés era fantástico, y el del otro, prostituido con palabras de jerga, se le hacía aún menos inteligible:

—Mi Taití... Island... Spanish... Yes.

—I see... Jamaica... Rotten weather.

Esto se lo repitieron muchas veces. Luego entraron en un bar. Eulogio no bebía; mas el

otro bebió por los dos. No lograban entenderse, y, sin embargo, Eulogio estaba contento. Para acceder á las exhortaciones de su amigo desconocido, tuvo al fin que beber un vaso; pagó y salieron. Excitado por la falta de costumbre de beber, con los ojos húmedos y ardientes, bajando la voz, Eulogio le insinuó:

—Muchachas... Mi pagar... Girls...

El otro le mostró misteriosamente al policía gigantesco, que, como un ídolo, permanecía en medio de la calle. Dijo luego palabras incomprensibles y precipitadas y echó á correr. Eulogio lo estuvo esperando mucho tiempo, seguro de que regresaría. Transcurrió una hora; empezó á nevar, y como el hierático policía lo mirase con insistencia, Eulogio tuvo miedo y se fué.

La nieve caía silenciosamente; no blanca, sino gris á causa del humo. Al día siguiente la ciudad ostentaba una belleza trágica: de los tejados pendían los témpanos congelados durante la noche, y en las calles, la nieve, en capa espesa, crujía bajo los pies. Las agujas de los relojes públicos no pudiendo vencer la resistencia de la nieve helada, quedaron detenidas, y en las calles aristocráticas los árboles se agobiaban como abuelos canosos. El frío penetraba hasta los huesos, parecía arrugarlos y entumecer la médula. Á pesar de él, Eulogio fué al bar donde había estado la vis-

pera, con la esperanza de encontrar al negro, y estuvo mucho tiempo allí, apurando á lentos sorbos un vaso de brandy. Defraudado, fué á encerrarse en su casa, pues en las noches de los sábados una multitud de obreros y obreras invadían las calles céntricas, y la aglomeración era propicia á las burlas. El domingo, el terrible domingo inglés, en que sólo están abiertas las iglesias y los establecimientos de bebidas—los dos centros espirituales—según Eulogio, lo pasó en la cama.

Como un clínico bastante sereno para anotar los síntomas de su propia dolencia y diagnosticarla, Eulogio Valdés observaba que su razón se iba agrietando. Un ser hasta entonces ignorado, á pesar de accionar en los yacimientos de su alma, un ser impulsivo, sensual, infantil, se rebelaba contra las trabas con que la razón pretendía reprimirle. Y ese ser, Eulogio se daba exacta cuenta, venía desde más allá de él mismo, de luengas generaciones esclavas bajo el cielo fúlgido de Taiti y de otras más lejanas aún, libres en las selvas y arenas de África. Por un desdoblamiento de su personalidad, un "yo" crítico, severo y atento á las manifestaciones del nuevo ser estaba siempre alerta. Y esa percepción delicada que era la causa de su infelicidad, venía del padre desconocido, acaso del maldito amo... En los ratos cada vez más frecuentes dedicados á bu-

cear en su propia alma, Eulogio se comparaba á un volcán largo tiempo apagado; ignoraba ser tan exuberante. Luego de haber merecido nota de altivo y glacial entre los suyos, sorprendíase ahora de aquella necesidad imperiosa de comunicación y de afectos que, insatisfecha, llegaba á turbarlo como un mal vino.

Una de sus manías era ir á ver salir trenes. Llegó á comer en los restoranes de las estaciones para facilitar la ilusión de que iba á partir. Las lucecitas rojas, al alejarse, lo deprimían morbosamente. Luego, en su casa, tenía crisis de furor: su manos crispadas y muy abiertas caían en recios golpes sobre las almohadas; temeroso de perder el uso de la palabra hablaba á voces y, de repente, le subían á la garganta sollozos y á los ojos lágrimas. Un día que el Sol surgió borroso de entre las nubes, comenzó á bailar, y al verse en un espejo, su ser crítico fué á reprochárselo; pero el nuevo, el fuerte, el verdadero ser, ahogó el reproche con un encogimiento de hombros. Sin perder nunca esa parte inquisitiva de su persona, se ponía á vestirse y á desvestirse muchas veces, para pasar el tiempo; sacaba de una maleta las cartas de su madre y las leía. En la última decíanle que su hermana iba á tener un hijo... ¿De quién sería ese hijo? Una onda de benevolencia le hacía ver de otro modo acciones antes vituperables. Se enfu-



recía, se reía, y después, igual que si un enjambre de cantáridas lo envolviera, partían de todos sus nervios ansias de violaciones, de estupros, de placer; cuerpos opulentos de mulatas poblaban su imaginación: las había dominadoras, sumisas, histéricas, de miradas extraviadas y bocas insaciables; y el recuerdo de mujeres vistas antaño, sin casi saber que reparaba en ellas, lo obsesionaba. Recordaba especialmente dos: una rubia de ojos negros y cuerpo fino, casi sin formas; y una niña núbil apenas, de óvalo virginal y pupilas malignas que vió un día bajo una sombrilla tornasol en... ¿En donde la había visto?

Cuando estas visiones lo atormentaban demasiado, temiendo las incitaciones se echaba á la calle para contrarrestarlas con el ejercicio muscular; pero aun en la calle tenía alucinaciones frecuentes, durante las cuales, yendo sobre las enlosadas aceras, en esos días de niebla amarilla, pegajosa y opaca, creía hallarse en Taití y ver ante sí las calles pinas con sus casas claras, con sus ventanas floridas, sus quicios de piedra: su calle familiar, somnolente de exceso de vida y llena, al caer de la tarde, de caliginosas sombras moradas.

Una de estas veces subió al "Club" dispuesto á preguntar por el chileno, y en el bar se encontró con un grupo de argentinos en torno

de un caballero que hablaba español; osadamente, por oír hablar, se acercó al mostrador y pidió, por señas, que beber. El orador se expresaba con esa corrección excesiva de los que hablan perfectamente un idioma extranjero; hablaba tan pronto serio como sarcástico, y los oyentes lo desaprobaban con gestos unánimes.

—Sí, sí; convénzanme ustedes de que la pluralidad del voto que da una fuerza de reacción á los ricos, de que el latifundio, de que el derecho de primogenitura, son formas ideales de régimen. Niéguenme que en Inglaterra se trata de retardar el despertar del pueblo, fomentando la vanidad nacional y la afición á beber. Y de las mujeres no hablemos; no tienen más que ir en verano á los parques, á las playas; darse un paseo cualquier noche por los barrios extremos para ver acoplamientos más ó menos eugénicos. Todos los campos son aquí aras donde, con pudibundez protestante, se ofrendan las virginidades. Aquí una motocicleta y unos cuantos paquetes de bombones, pueden más que las más hábiles celestinas. El amor al aire libre debe influir en la fortaleza de la raza.

—Esas son macanas—dijo uno de los argentinos.

—Yo no sé cómo ningún erudito no se ha tomado el trabajo de describir que Tartufo

era inglés; yo estoy convencido—prosiguió el otro.—Pero la fría corrupción que cubre esa gasa de buena apariencia tendida aquí sobre todas las clases sociales, no engaña á nadie, créanme.

Eulogio se acercó atraído por la simpatía. El que hablaba había continuado:

—Aquí se dice todo en secreto, y lo mejor es no decir nada, sino hacer; yo he tomado ese partido con las muchachas y me va á maravilla. Aquí se fuma, se bebe y hasta se... bueno, se hace todo con gravedad, y el puritanismo ha logrado dar un aspecto decente á la borrachera cotidiana. Sólo cuando la embriaguez adquiere un carácter excepcional, solemne, evangélico, se ven ademanes descompasados y se oyen voces en tono mayor... ¡Ah, si hubieran estado ustedes en Londres cuando el coronamiento de Jorge VI! En ocasiones como ésa, familias enteras, cogidas por las manos, pasean una *jumera* enfática; y las ciudades inglesas son como grandes toneles calafateados con patriotismo.

Los argentinos, contrariados, se despidieron. El orador, viéndose solo, se acercó á Eulogio y le preguntó:

—¿Habla usted español?

—Sí, señor; soy de Taití...

—Caramba, hombre...

—Pero no opino como esos señores; por lo

que he podido conocer de Inglaterra... Usted no es español, ¿verdad?

—No, francés; pero he vivido quince años en España, y para mí no hay nada tan bello como "un cours de toros"... Es hermoso y cruel.

—Yo no conozco España ni Francia.

—¿Y en qué piensa usted? No se puede vivir sin conocer París, amigo; París es todo: la civilización del mundo respira por París. Y España también hay que visitarla... después. Mientras el individuo, el hombre, fué la suprema fuerza, España marcó los rumbos. Hoy en cambio...

Bajaron del círculo. El francés se le colgó del brazo, y hablaba sin reposo. Eulogio comprendió que hablaba para sí mismo; pero, ¿qué no hubiera soportado él con tal de oír hablar español?... Las gentes se volvían á mirarlos, y en el fondo de su percepción, de aquella fina percepción que empeoraba sus males, Eulogio discernía que el mismo aire ostentoso con que el francés proclamaba su amistad, era como un escupitajo lanzado á los ingleses, y, en el fondo, un nuevo desprecio para él. Pero poder hablar así lo embriagaba. ¡Hacia tanto tiempo que no se oía! Su propia voz le sonaba como una música, y hallaba voluptuosa complacencia marcando las erres, cantando las eles, redondeando bien las vocales... Por iniciativa suya

decidieron pasar juntos las horas que faltaban al francés para ir á la estación donde tenía que tomar el tren para Folskestone.

—¿Ha reparado usted que aquí piensan que todos los extranjeros se entienden entre sí?

—La palabra continente es en Inglaterra sinónimo de salvaje. Cuando dos de estos brutos se insultan, se llaman "sucio extranjero"... Yo los odio.

—Si usted supiera...

Eulogio iba á deslizarse por el plano inclinado de las confidencias; pero el francés lo interrumpió:

—Estos barrios de calles sin personalidad en las que, desde lejos, nadie puede reconocer cuál es su casa... Tenga usted por seguro que cada domingo encontraría en todas ellas hombres con los pies sobre lo alto de las chimeneas, con un libro que no leen encima de las piernas y la botella del *whisky* al lado. Hay una caricatura inglesa que dice: "Si el *whisky* llega á constituir un impedimento para sus negocios... abandone usted sus negocios." Ellos dicen que es caricatura, pero ¡quial... Y ese orgullo, ese creerse el pueblo elegido... Yo conozco una metodista inglesa que piensa firmemente que en el cielo no habrá extranjeros.

—Pues ellos bien poco cristianos son.

—Y cuando uno oye esas cosas, para no sal-

tar, les suelta una "boutade". Yo le dije á la metodista que en el infierno habían ya quitado de la puerta el letrero del Dante, que era poco sobrio, y habían escrito simplemente: *On parle français*.

Por fin Eulogio pudo contarle sus pesares; el francés pareció condolerse. Ya en la estación, le sugirió:

—Y ¿por qué no se va usted á París? Allí hay sol, animación, hospitalidad latina; allí se cura usted, amigo. Con dejar aquí una estampilla con su firma para que sellen las facturas, está todo hecho. Ea, piénselo y verá... Nueve horas de viaje... Aquí tiene mi tarjeta por si se decide.

Al arrancar el tren, Eulogio lo siguió corriendo un momento junto á la ventanilla, para prolongar su felicidad.

—Adiós... Ya sabe.

—Si... Adiós... Adiós...

La lucecita roja se alejaba, y Eulogio quedó inmóvil en el andén, hasta verla confundirse con otras, desvanecerse después en la lejanía. Los empleados que arrastraban con estrépito carretillas metálicas, le restituyeron á la realidad. Al verse de nuevo en la calle, le pareció que aquel tren le había arrebatado algo muy querido, y que á partir de entonces su soledad habría de ser más lúgubre, más inexorable, más cruel,

Aquella noche tuvo una pesadilla espantosa. La ciudad estaba desierta, bajo un cielo gris sin nubes. Ningún signo de vida: un vasto silencio llenaba las calles, en donde yacían, de trecho en trecho, automóviles parados, tranvías inmóviles, coches cuyos caballos habían desaparecido. Ni un hombre, ni un perro, ni un pájaro, ni siquiera una ráfaga de aire para mover los árboles. Eulogio enderezó sus pasos hacia los barrios céntricos; pero también allí la vida habíase detenido sin violencia, acaso más horrorosamente por el orden en que quedaron las obras de las criaturas arrebatadas sin dejar vestigios de sus cuerpos. Al través de las vidrieras veía Eulogio los grandes almacenes solitarios, los cafés, los restaurantes; y en las calles, que parecían más anchas, resonaban sus pasos. Un pavor inmenso lo impelía á andar, á correr, á huir sin saber de quién..., de nadie: del vacío que se prolongaba en torno suyo. Una vez miró frente á sí, ilusionado, creyendo ver: no... era su propia imagen que copiaba un espejo. Fué á la oficina del chileno; el ascensor no funcionaba; subió las escaleras, abrió la puerta, entró: nadie. Como todo estaba abierto, recorrió varias oficinas, hallando en todas el mismo abandono. Otra vez en la calle, sintió acatarle el hambre que desde horas antes lo mortificaba; mas el miedo no le permitía en-

trar en ningún sitio. Después de titubear cerca de dos horas, vencido ya, se aventuró en un restorán, se sentó y llamó con la esperanza de que alguien acudiese: nadie. Fué al mostrador y comió de prisa, sin escoger, mirando á todos lados, como si cometiese un robo. Volvió á llamar: ¡siempre nadie! Salió. La luz comenzaba á mermar, y penumbras silenciosas invadían ya las calles estrechas. Entonces, despavorido, sin atreverse á esperar la noche, corrió en la quietud y en la soledad, camino del elevado puente tendido sobre un estanque, en las afueras, y al precipitarse desde la altura, cuando ya la muerte le aguardaba en el fondo del agua con los brazos abiertos, le pareció que toda la ciudad se animaba, que mil caras se asomaban á la baranda del puente para verlo sucumbir, y que hombres, animales y cosas, resurgidas de pronto á la vida, lanzaban al mismo tiempo, con el mismo rictus sardónico, una carcajada.

Dos días más tarde, siguiendo los consejos del francés, salía para París.